BREVE ANTOLOGÍA PERSONAL YOLANDA PANTIN









YOLANDA PANTIN

BREVE ANTOLOGÍA PERSONAL



Colección
Lima Lee




YOLANDA
PANTIN
FICCIONES

Yolanda Pantin

Nació en Caracas, en 1954. Es poeta, dramaturga, narradora y editora. Ha publicado los libros de poesía *Casa o lobo* (1981), *Correo del corazón* (1985), *La canción fría* (1989), *Poemas del escritor* (1989), *El cielo de París* (1989), *Los bajos sentimientos* (1993), *La quietud* (1997), *El hueso pélvico* (2002), *Poemas huérfanos* (2002), *La épica del padre* (2002), *21 caballos* (2011) y *Bellas ficciones* (2016). En 2017 obtuvo el premio Casa de América con *Lo que hace el tiempo* (Visor, 2017). En cuanto a antologías, publicó País. *Poesía reunida* (1981-2011). Asimismo, es autora de un libro sobre Marie Curie y de narrativa infantil. En 2020 se le ha concedido el Premio Internacional de Poesía Federico García Lorca, de la ciudad de Granada, según el fallo del jurado por «su inicial exploración en la poesía conversacional en los lenguajes de la sentimentalidad, con infinidad de registros que retratan las sinuosidades y penumbras de la condición humana, a través de una mirada perturbadora y novedosa».

Breve antología personal

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Andrea Veruska Ayanz Cuellar

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

BREVE ANTOLOGÍA PERSONAL

EXILIO

Ustedes
perdieron un país
dentro de ustedes.

Se nota que te acercas. Andas por señas de lejos cuando vienes a cuesta de ti
mismo, piafando. Un reguero de sal de Paya a La Redoma, tu espuma, el brío
por los ojos, a más vuelo nuestros cascos. Te desprendes. Parecemos otros, de
otros tiempos: del adobe, de los mismos pilares que te ensanchan. Calcados. De
aquí a donde sea te buscas. Nos miran escarbando. Arranco pedazos de tierra al
borde del río, del montículo, buscando, buscando… El polvo que te aureola
como un signo, el retorno a la caída, mientras dicen los de a pie.

La infancia es una gracia que me fue desprendida. Aquello que se viene me devuelve persona con brío de reír. Ya no tengo memoria para el nombre del árbol y semilla tallada. Ni de aquel que resiste con caballos en las palmas y tiene a cada lado una rienda tejida. Lo cierto, más oscuro. Cuando divago y pregunto, háblame de aquello, de las cosas sucedidas, cuando antes: la rudeza de sentarnos en las sillas de madera.

VITRAL DE MUJER SOLA

Se sabe de una mujer que está sola
porque camina como una mujer que está sola.
Se sabe que no espera a nadie
porque camina como una mujer que no espera a nadie,
esto es,
se mueve irregularmente y de vez en cuando se mira los zapatos.
Se sabe de las mujeres que están solas
cuando tocan un botón por largo tiempo.
Las mujeres solas no inspiran piedad
ni dan miedo,
si alguien se cruza con ellas en mitad de la vereda,
se aparta por miedo a ser contagiado.
Las mujeres solas miran el paisaje
y se diría que son amantes
de las aceras/ de los entresuelos/ de las alcantarillas/ del subsuelo
de los subterfugios.
Las mujeres solas están sobre la tierra
igual que sobre los árboles,
les da igual porque para ellas es lo mismo.
Las mujeres solas recitan parlamentos:

estoy sola,
y esto quiere decir que está con ella
para no decir que está con nadie,
tanto se considera una mujer sola.
Las mujeres solas hacen el amor amorosamente,
algo les duele
y luego todo es más bien triste o colérico o simplemente amor.
Estas mujeres se alumbran con linternas,
van al detalle,
saben dónde se encuentra cada cosa
porque temen seguir perdiendo
y ya han perdido o ganado demasiado.
Ellas no lo saben
van del llanto a la alegría,
piensan en la muerte, a veces,
planean un largo viaje e imaginan encuentros posibles,
administran el dinero,
compran legumbres,
trabajan de 8 a 8.
Si tienen hijos, hacen de madres,
son tiernas y delicadas,
aunque muchas veces se alteren,
un pensamiento recurrente es

ya no puedo ni un minuto más.
Las mujeres solas tienen infinidad de miedos,
terrores francamente nocturnos;
los sueños de tales mujeres son
terremotos, catástrofes sociales.
Una mujer sola reconoce a otra mujer sola
de forma inmediata,
llevan el mismo cuello airado,
lo cual no quiere decir
que no quieran a nadie más que a sí mismas,
esto es completamente falso,
lo cierto es que la casa de una mujer sola
está abierta a su antojo.
Una mujer sola
no puede curar su soledad
porque nada está enfermo,
se remedia lo curable:
una gripe o un dolor de estómago.
La mujer que piense que su soledad es curable
no es una mujer sola,
es un estado transitivo entre dos soledades
infinitamente más peligrosas.
Una mujer sola es una mujer acompañada,
aunque de este hecho no se percate

más que el zapato al que mira con detenimiento
o el botón
que parece representar algo verdaderamente
importante,
como de hecho lo es,
como los árboles o el cielo
solo que el privilegio que deriva de semejante atención
es más bien propio de las almas temperadas al siguiente
fuego:
id contigo
para estar con vosotros.

POEMA DE LAS DOS CABEZAS

Este es el poema de las dos cabezas.
Sol
Cuello Cortado
descansa sobre la hierba
Cabeza Soberbia
partió a los australes.
Sol
Cuello Cortado
dejó que un insecto
revoloteara en sus labios
y durmió un instante.
Cabeza Soberbia
cansada del viaje
haló de los pies
a su amante.
Estuvieron parloteando un largo rato.
Una tormenta siguió a la otra,
pero estas cabezas tenían mucho que decirse.
Sol
Cuello Cortado
saltó sobre la nieve
y posó sus labios

sobre la boca tumefacta
que hervía
sobre un hervidero de palabras.
Se contaron sus vidas.
Esto era todo lo que tenían que decirse
sus vidas sus amores.
La noche las encontró
bajo un bloque helado
—el viento ululaba
en el paisaje blanco—.
«Es un presagio»,
dijo Sol.
Cuello Cortado
«No hagas caso».
Cabeza Soberbia
sintió pánico
y entrechocaron sus orejas en un largo abrazo.

LOS SUEÑOS

(en la boca de la noche)

El médico mira
dentro de mis ojos,
me hace abrir la boca.
Le cuento sueños
cruzaba una piscina con un niño al cuello.
A veces me asalta
un hambre de miedo,
devoro todo lo que encuentro a mi lado.
El médico escucha
latir mi corazón.
Asiente
con mucha seriedad,
consulta un libro
encima de su escritorio.
Estoy perdida
—ya había mirado dentro de mis ojos—.
Le cuento otro sueño.
No todo mi corazón te ama,
solo la parte que está enferma.

EL ESCRITOR ESTÁ SOBRE EL POEMA

El escritor está sobre el poema,
recogido sobre sí,
forma un muro contra el mundo.
Sostienen sus hombros
un conjunto de palabras
dispuestas de tal manera
que al leerlas en silencio
respondan al deseo
—inconfesable—
de llorar, de ser querido.
El libro es un paisaje inacabado,
la letra una obsesión abominable.
El escritor está perdido,
el cielo que ha temido
comienza a perfilarse.
Todo lo ha leído.
La letra abre con sangre
un terror una hondonada.
El escritor está sobre el poema
protegido por la página
y el orden que supone
su inocente mirada.

Todo está dicho
la nostalgia de un cuerpo
bellamente femenino.
El escritor está bajo el poema,
amalgama de palabras
por momentos difíciles.
Relee lo que ha escrito,
un vago gesto imperceptible
indica que por hoy
ha terminado.
El poema reposa sobre el mueble.
Como un niño
coloca una mano debajo de la nuca.
Una palabra se resiste.
El poema está por verse.

EL DÍA QUE CONOCÍ A SUSAN HOWE

Yo venía de la guerra,
es decir, de un nuevo engaño
de esos que al igual que el dolor
hacen bien a la dignidad narcisista,
según había leído
en un poema de Pier Paolo Pasolini,
y que ahora llevaba como marca en la frente
—en cada herida una lección para el futuro
vacío, pero inmenso—.
Ya había escuchado el ruido de las aspas
y el humano deseo
de abrazar hasta los párpados.
Conocí la metralla en el teléfono
y en el océano las yardas.
Sorbí el trago de París a fondo blanco,
parte a parte lloré por Alemania.
Tuve horrendas pesadillas,
recuerdo especialmente un viaje en elefante
—de viajes no me hablen—.
Me persiguen las imágenes
de cuerpos mutilados
en los campos,

brazos antebrazos frutos de la carne.
Qué sangrientas las batallas Susan Howe.
Yo venía de la guerra
y solo traigo unos poemas.
Hay miedo en el dolor,
ayer no más decía
y estas palabras para un nuevo encuentro.
Lo importante es invisible para los ojos
porque el odio fluye en un río de sangre.

SON TRES LOS ZOPILOTES

Mira volar los zopilotes son horrendos.
Allí están en la cornisa del otro edificio.
Mientras sirvo el café, las aves negras
se han posado en la antena parabólica diríase atalaya.
Cada uno conserva el equilibrio que es suyo y no del
Otro.
—¿De quién comen?
Ahora vuelan sin moverse no hacen ruido.
Son tres los zopilotes. Ya lo he visto,
una madre y dos de sus pequeños
o una pareja de amantes y su sombra.

YO SOY OTRA

He aceptado la invitación a viajar.
En el auto
el paisaje pasa demasiado rápido.
Raspa al oído
la música sorda que el interior repele.
Atravesamos el país sin detenernos
apenas para orinar o para beber un trago de agua
en las gasolineras.
El verano castiga gris y estático
como el cielo.
Conversaciones banales distraen el asedio
de las horas muertas.
Levantamos las tiendas
a la orilla de un río ancho y cenagoso.
Las aves chillan al alzar el vuelo.
Me acerco al río
como Narciso al estanque.
Las aguas turbias no reflejan mi rostro.
Yo he soñado con esto
(La herida ha sanado sobre la carne muerta).

GACELA

(No por su belleza)

Nada le asegura
a la gacela permanencia,
sino le confirma,
tal es el estrépito de hojas
o pisadas de elefantes,
a lo lejos
su fragilidad
que finalmente es pánico.

EL CIERVO

Iba yo con mi hermano por el bosque,
cuando lo vi entre las ramas asomarse.
Pude verlo como era,
y él, mirarme:
macho, de alta cornamenta.
Aunque de noche,
los ojos clarearon en su estupor al verme.
Volvió la grupa,
temeroso.
Yo alcé el arma que llevaba
y apunté entre los cuernos.
Disparé. Y con ello la cabeza
se deshizo en el aire
que había respirado.
Donde hubo belleza
quedó el cuerpo tendido
sobre la hierba.
Tomé el arma
y se la di a mi hermano.
«Ten —le dije—: el rifle
con el que he matado sin deseo».
Volví la espalda

y caminé hacia el auto
que había dejado
en el umbral del bosque.

BOSQUES

(...) entonces, invité a mis padres a almorzar en casa.
Celebraba que mis hijos habían regresado de viaje
y que había perdido un concurso literario.
Compré aves del paraíso, calas blancas
que coloqué en un viejo jarrón de la familia
contra la pared roja de la sala-comedor, recién pintada.
Preparé calamares en su tinta, porque recordé que
cuando niña
era un plato de grandes ocasiones
—es tan laborioso, exige tanta paciencia.
Lo acompañé de arroz blanco al modo de Colombia
y de una ensalada de lechugas y manzanas
que improvisamos al momento con Jimena.
Puse sobre la mesa el mantel más vistoso que tenemos,
una carpeta marroquí (?) de tonos ocres,
y la vajilla heredada de mi pasado matrimonio.
Había una fuente con uvas y ciruelas,
las frutas favoritas de mi madre,
tan dulces, tan heladas.
En la mesa, ya sentados, los hijos y los nietos,
brindamos por los momentos, que la vida, de alegría
ofrece.

Entonces mi padre quiso decir unas palabras.
Cuando uno es joven y sueña,
desea grandes cosas,
algunas se cumplen y otras no, la mayoría
son solo sueños. Luego pasan los años,
lo escuchábamos hablar,
lo único que cuenta, si uno cuenta,
decía
si uno vuelve la espalda y mira
lo que hemos dejado,
donde hubo bosques
y el mar que se veía,
para juntos celebrar este encuentro
que al final recordaremos
por encima del llanto
y la lección amarga.

DECLARACIÓN DEL ALPINISTA

—¿Por qué volver los ojos
empañados
cuando muerde el iris
la cima del mundo
mientras toso de angustia?
—Porque es peligrosa
y porque es fría la montaña,
volvería en mi intento.

SAINT IVES, VERANO DE 1998

—¿Cuál es su destino?, preguntó
la dueña de la tienda,
viéndome mirar
las cosas en la nada,
mientras perdía el tiempo.
—¿Cuál es el suyo?, le espeté,
sopesando los objetos
curiosos que allí había,
sombras chinas, osos de bohemia.
—Me iría en un caballo
como un cuerpo arrojado, sí,
hasta la adolescencia.

RESACA

Ay, Yolanda,
tenías conciencia,
pero no te condolías de las personas.
Veías todo como un fresco:
allí tus abuelos, allá tus padres
junto a sus hijos. Los veías
en aquel pueblo, moviéndose.
Veías que eran ciegos
como tú eras insomne.
Para ti eran escenas
en carne viva. Los veías
en sus ceremonias, los escuchabas
en sus conversaciones. Y no te
condolías ante la inminencia
de la catástrofe.
Vinieron las muertes con sus
secuelas, las despedidas
que fueron tantas, e
incomprensibles.
Ahora tienes una borrachera de pérdidas.
Puede decirse que has visto el final
que siempre presagiaste.

Los muertos no te dan sosiego,
ni tus héroes vivos.

FIDELIDAD

Vivía inútilmente leyendo los periódicos
pensando en el enigma del poder
y en las causas de la obediencia.
Adam Zagajewski
a las preguntas
que hemos transitado
a lo largo de estos años
y quedan sin responder
huérfanas;
a los posos
cuando «algo» viene desde
un resto antiguo que
azuza el temor
con cristos
en los cruces de caminos;
a los vampiros;
a las pesadillas recurrentes;
a los olvidos
sumidos en pobreza
y astuta sumisión; a los trazos
que nos dicen

de la mano de un niño
sobre un mapa
socorrido, y
al intento de comprender.

OFRENDAS

Fantasma es loco. Fantasma es una boca.
Fantasma vive en un hotel en Venecia,
viaja de noche, duerme en Inglaterra,
amanece en Barcelona, pasa
su mano por mi frente.
Fantasma es mi devoración,
las veces que le he entregado mi cabeza.

LA FRASE

No se escucharon
bravos en la sala
cuando nos advirtió
acerca de aquello
que veía venir
en el mar de fondo.
La frase
en su parquedad
fue enunciada
como una línea cualquiera
de los poemas
meditados y necesarios
que leyó sin énfasis.

A Rafael Cadenas

EPIFANÍA

Luz que ya no era
sino resto de luminosidad
en la ciudad que se construía
y que nos era por completo extraña, cuando
entre gentes y voces en otro idioma,
el cansancio habló en el oído
un zumbido huérfano, al reclamar un lugar
donde guarecerse del frío que nos obligó
a realizar a un tiempo los gestos de
cerrar sobre el pecho las solapas de los abrigos,
y levantar la mirada para alcanzar a ver
la palidez sobre los muros, irse, mientras,
junto a la oscuridad que se avenía,
sucedió en la única persona que éramos,
la negación de todo,
salvo del instante.

EL HUESO PÉLVICO

III

Salve reina
Que estás en las aguas
Digo esta oración
Ante tu estatua
—Más tú no existes,
Sino en el hueso materno.
Vamos los creyentes
En la hora descreída
Al centro,
Pancartas
Levadizas
Por un puente,
Sobre el presente duro.
Espléndida figuración
De una mujer
Enarbolada
Carga la ciudad
Sobe la espalda
Al centro de su arteria

Fluvial
Pasamos sin mirarla
Reina sagrada
Que un artista supuso
Ver sobre la danta
Espoleada
En su musculatura
Compacta
Carga,
Hacia la vertical,
Un hueso
De interrogación
Patria,
Por el derivativo
Interrogada
Levanta
El hueso duro
De roer
Portezuela, finalmente,
Es apertura
Una vez por la hendija,
Cuando llegas con sangre.

EL POEMA DE MI PADRE

No estaba yo
escuchando
la disertación de Eric
acerca
del cansancio de la tierra
y su experiencia
en África
durante muchos años,
por lo que había observado
y deducido,
como especialista
en estos temas
que era
en una reconocida
universidad de Holanda.
No estaba yo
entre esas gentes
una tarde,
entre las muchas otras
magnífica,
el cuerpo inclinado
hacia adelante

para mejor escuchar
lo que el otro decía
con probada sapiencia.
No fui yo quien intervino
para acotar
que en Venezuela
los campesinos como en África
van desplazando su heredad
devastando el suelo,
según mi parecer,
por lo que había aprendido
en el pueblo de Turmero…
Era mi padre
a quien, con el deseo,
había convocado
ese día
para que tomara
mi lugar
sin llamar la atención
en un primer momento,
como suele hacerlo.
Pero luego
un cierto brillo
de la voz,

una cierta mirada,
la cabeza erguida,
convencido
del valor de sus argumentos,
y lo irrebatible de su experiencia,
lo que piensa
acerca de las «teorizaciones»,
alguna anécdota
narrada con expresiva
gracia
resumiría
su punto de vista
a tal punto
excluyente…
Lo que no le impediría
continuar el diálogo
que lo ha iluminado
y pasar al comedor
y comentar
la excelente selección
de vinos en la mesa
en un deseo vicario
al escuchar a la hija
contar

su viaje reciente
que ha hecho suyo
en la casa de Turmero,
con lluvia y jejenes
y calor en esta tarde
como todos los días
en el claustro del pueblo,
detenidas lecturas
del *National Geographic,*
cartografías
en el atlas vencido
de 1969
sobre la mesa desplegado
entre los restos de la cena
que hemos compartido
el esplendor
y la promesa del mundo.

PARAGUANÁ

A Antonio López Ortega

Para matar a la culebra
por la cabeza
hay que atravesar un istmo muy estrecho,
de manera que es posible
ver a ambos lados el mar cercándolo.
Un mar blanco, con pequeñas olas apagadas.
Los hombros que se desprenden,
parecen sostener a la república
de la que es parte la cabeza
que se inclina hacia el mar.
Domina el paisaje, como los ojos
al cuerpo, la refinería.
No respira un alma.
Los restos de basura que trae el viento
y deja entre los cardones y mogotes de cujíes,
parecen, bajo estos vendavales,
estruendosos, trepidantes banderines.

LA RAÍZ

Esta casa se hizo con los años
al seguir un orden y ese orden
no es estético. Todo apunta al hueso:
ha muerto en mí lo literario.
Vuelvo al comienzo
de esta historia
cuando niña
se hizo la luz
al lado de mi madre.
Ella dispuso de una casa
orientada al este
y los muebles enseguida
fueron caminando
y los cuadros con los adornos
y las piedras
hasta encontrar su sitio.
Con la casa se hizo el jardín:
once azahares de la India. Los hijos
aquí nos encontramos.
Y cuando el tiempo
desordene naturalmente
el cabello repeinado

de los niños,
y los mismos azahares
se ofrezcan,
nosotros volveremos a empezar
desde la raíz.

ESCRIBIR

No hay ninguna
pretensión
en este intento,

si antes era así,
ahora

viene y queda
el gesto

igual a

cuando niña
dibujaba

por placer
y no dormía
hasta pintar

lo que pensaba

y era un mundo

que se hizo
con los años

garabato,
torcedura.

Epifanía

Luz que ya no era
sino resto de luminosidad
en la ciudad que se construía
y que nos era por completo extraña, cuando
entre gentes y voces en otro idioma,
el cansancio habló en el oído
un zumbido huérfano, al reclamar un lugar
donde guarecerse del frío que nos obligó
a realizar a un tiempo los gestos de
cerrar sobre el pecho las solapas de los abrigos,
y levantar la mirada para alcanzar a ver
la palidez sobre los muros, irse, mientras,
junto a la oscuridad que se avenía,
sucedió en la única persona que éramos,
la negación de todo,
salvo del instante.



Colección
Lima Lee

